

Del Excmo. Sr. Arzobispo de Medellín

(Discurso en el acto de recepción al Excmo. Sr. Nuncio Apostólico)

Se ha dicho, y con sobra de razón, que en el corazón de todo católico hay un sentimiento que prima sobre cualesquiera otros: el amor a Cristo y a su Iglesia. A Cristo, el Unigénito del Padre, que asumió la naturaleza humana para redimirnos y que, por su divinidad, es consubstancial con el Padre y con el Espíritu Santo, el Dios Trino y Uno, a quien todos adoramos, como a nuestro Dios y Señor nuestro, y la Iglesia o sea la obra preferida de Jesucristo, esto es, la congregación de los fieles bajo la autoridad del Vicario de Cristo, que es la concreción visible de ese mismo fundador y padre en medio de nosotros.

Y siendo esto así, como lo es, qué mucho que esta multitud que nos rodea, se haya congregado y que sus corazones hayan palpitado al unísono al sólo anuncio de vuestra llegada, Excmo. Señor, si en vuestra sagrada persona todos vemos al legítimo representante del Supremo Jefe de nuestra amada Iglesia; y el amor a Cristo y a su Vicario han producido este entusiasmo y este gozo porque aquí tenemos el legítimo orgullo y la íntima satisfacción de ser todos católicos, apostólicos y romanos; y digo todos, porque esta multitud representa no tan sólo a una parte de la ciudad de Medellín, sino a la Arquidiócesis entera con sus Diócesis sufragáneas, distribuídas en todo el territorio de los Departamentos de Antioquia y de Caldas.

Aquí tenéis a esos centenares de niños, representantes de millares de otros que, esparcidos por el extenso territorio de nuestra Provincia Eccla., han sido educados por padres y madres cristianos y saben, por ende, que sóis el legítimo representante de aquel que, como lo aprendieron en el catecismo, es el Sumo Pontífice de Roma, Sucesor de San Pedro, Vicario de Cristo en la tierra a quien todos estamos obligados a obedecer.

Aquí un numeroso conglomerado de jóvenes de uno y otro sexo que, en diversos colegios oficiales o privados, bajo la competente dirección de Comunidades Religiosas o de idóneos y virtuosos seglares se preparan, a la sombra de la Religión y de la Ciencia, para ingresar a institutos superiores que los capaciten debidamente para las luchas de la vida, llevando en sus almas la fe que ilumina, la esperanza que conforta y la caridad que suaviza y aminora las asperezas del camino.

Aquí nuestras dos egregias universidades: la de Antioquia y la Pontificia Bolivariana cuyos títulos que la acreditan como Pontificia habéis querido hacernos el honor de presentar Vos mismo; una y otra gloriosos índices de nuestra cultura superior, cuyos sazonados frutos ya saborean no sólo nuestra ciudad, sino el Departamento y toda la República, elevando a los ciudadanos por ellas formados a los más altos puestos de la Iglesia y del Estado, de la Magistratura, del Ejército, del Periodismo, del Comercio, de la Banca y de la Industria.

Ni qué decir de ese grupo de nobles matronas y distinguidas damas que, en representación de las mujeres antioqueñas y caldenses, vienen a rendiros pleito homenaje de reverencia y adhesión y a manifestaros que si son buenas y nobles y distinguidas y si tienen el santo orgullo de los hogares que han formado, es porque son cristianas integrales y católicas convencidas, formadas en la escuela de Cristo y de su Iglesia.

Ni les va en zaga ese numeroso grupo de hombres de todas las clases y condiciones sociales que, sin vanos alardes, pero también sin respetos humanos que empequeñecen y abaten hacen acto de presencia para manifestar públicamente sus hondos sentires religiosos y el deseo que les anima de que sus descendientes sigan el luminoso derrotero que sus virtudes, su honorabilidad y su hombría de bien han sabido trazarles. Si pretendiese yo, con manifiesta injusticia, escatimar la verdad de tan esclarecido hecho, la honrosa presencia de las autoridades civiles, militares y forenses, en tan señalada ocasión, bastaría para refutarme y confundirme. Ellas, conscientes de la alta misión que se les ha encomendado, como representantes de un pueblo en su totalidad católico, sabían por propia conciencia y por el querer de su pueblo que su puesto estaba aquí y sin empecer alguno se han unido cordialmente al movimiento general.

Pero injusto sería yo (y no quiero serlo) si hiciera caso omiso del carísimo pueblo trabajador, obrero y campesino que por centenares y miles se ocupa en las fábricas, en las obras públicas y privadas o en el cultivo de los campos; y si su representación en la presente ocurrencia no es tan numerosa, ello depende, nó de su voluntad, sino de imperativos deberes que les detiene corporalmente alejados, pero ciertamente presentes en espíritu y en cristiano deseo. Cábeme la íntima satisfacción de manifestaros que entre ellos, a fuer de cristianos y católicos a macha martillo, no han podido imperar, a pesar de los esfuerzos hechos por elementos indeseados, las doctrinas disociadoras

que tan desastrosos efectos han producido para las clases trabajadoras en otros lugares. Identificados en una íntima comprensión de las normas pontificias, aquí, ricos y pobres, empresarios y obreros, propietarios y trabajadores, hacendados y jornaleros, fraternizan cristianamente sin mengua de sus derechos ni olvido de sus obligaciones; y las dificultades que surgir pueden, se solucionan, en su mayor parte, con espíritu equitativo y justiciero. A esta labor de mutua comprensión y de recíproca ayuda, contribuye poderosamente la Acción Católica, por medio de sus diversos organismos y especialmente por la OCSA y la UTRAN, o sea la Organización Católico-Social Arquidiocesana y la Unión de Trabajadores Antioqueños.

Ni cómo olvidar, sin incurrir en el feo pecado de la ingratitud, a aquellos escogidísimos grupos de abnegados religiosos y religiosas que, con singular competencia y aplicación, se consagran, en nuestra Provincia Eccla., a la educación e instrucción de nuestra juventud, al cuidado de los huérfanos, de los menesterosos, de los enfermos, de las misiones y mil otros menesteres en servicio de las almas y que aquí se hallan representados por esclarecidos miembros de diversas Ordenes y Congregaciones Religiosas, con el gozo en el corazón y la bienvenida en los labios.

Réstame por presentaros, Excmo. Señor, la parte predilecta de nuestra Provincia Eclesiástica, o sea la tribu de Leví de la Nueva Alianza, desde nuestros seminaristas, consuelo y esperanza de la grey, que en los Seminarios Arquidiocesano, de Misiones de Yarumal, de Santa Rosa de Osos, de Santa Fe de Antioquia, Jericó y Manizales, en el silencio y recogimiento de sus claustros y bajo la experimentada dirección de ilustres sacerdotes seculares o competentes religiosos, se preparan para emular con el clero actual de la Provincia en las luchas por la gloria de Dios y el bien de las almas. Con el clero actual, he dicho, y añadido con justicia que él es gloria de nuestra Provincia Eclesiástica, alegría de sus prelados y honor de nuestro pueblo, desde los sacerdotes que, en calidad de oficiales de Curia, vicarios cooperadores, rectores de colegio, profesores, capellanes y párrocos, cuya única aspiración es el sacrificio y el trabajo, hasta los venerables Capitulares, honra y prez de nuestras diócesis que realizan el "forma gregis ex animo" del Apóstol San Pedro.

Al haceros los honores de esta vuestra casa, o sea de esta Arquidiócesis y Provincia Eclesiástica de Medellín os la he presentado a manera de erguida y espiritual pirámide cuyo vértice lo constituye el pueblo fiel, en sus diversas clases y conglomerados, que precisamente por su diversidad le dan su belleza y armonía y todo ello engarzado y sostenido por virtud de la clase sacerdotal, que le da su unidad, su brillo y su decoro.

Mas de poco serviría esa esbeltez y galanura, si al compuesto faltara la base y fundamento que al todo entrama y lo sostiene; y esa base firme, aglutinante y poderosa, la constituyen los Excmos. Prelados que os rodean y que con lujo de celo y competencia ge-

biernan las diócesis sufragáneas en esta Provincia Elesiástica, llevando sobre sus hombros el peso de la dirección y de la responsabilidad, pero también el del honor y el de la gloria.

Quizá al escuchar esta relación, hayáis pensado que os he presentado un cuadro del todo luminoso, teniendo el cuidado de ocultar los defectos y las imperfecciones y es verdad, Excmo. Señor, pero no es menos cierto que esos defectos, imperfecciones y manchas, por sabidos se callan, ya que son inherentes a nuestra pobre miseria humana, sin que falte la voluntad de hacerlos desaparecer; y que, por otra parte, Dios en su infinita bondad muchas veces los permite para que lo bueno brille con mayor esplendor y lucidez.

Excmo. Señor: al ver esta multitud que se congrega en torno vuestro, llena de religioso entusiasmo y complacencia, no pudo menos de recordar y repetiros las palabras del Profeta: "Leva in circuitu oculos tuos et vide: omnes isti congregati sunt, venerunt tibi". Levantad, Excmo. Señor, vuestros ojos y mirad en torno vuestro: todos éstos se han congregado para venir a Vos y saludar en vuestra sagrada persona a quienes representáis legítimamente, esto es: a Jesucristo y a su Vicario en el gobierno de la Iglesia, el más noble sentimiento de sus almas de cristianos y católicos.

Y con ese mismo sentimiento elevamos nuestros corazones a Dios para pedir en favor de nuestro Pontífice Supremo, lo que la Iglesia pide con instancia cotidiana: Oh Dios, que a todos los fieles diriges y apacientas misericordiosamente, mira lleno de benignidad a tu siervo Pío, escogido en tus divinos designios para gobernar a tu Iglesia: haz que su ejemplo y su palabra redunden en bien de sus gobernados para que en unión con ellos consiga la vida sempiterna.

